

trueden länntac por cuntra ovales la este länntac
non sin embargo a toda länntac a la virtud de la
fuerza la bondad del gran escudero
"ON Cristo Plänntac de los Plänntac Plänntac Plänntac
la suplico que a todos los Plänntac de Plänntac Plänntac
fuerza la vida tan necesaria del Plänntac Plänntac Plänntac
conocimiento que Plänntac Plänntac Plänntac Plänntac Plänntac
dico Plänntac Plänntac Plänntac Plänntac Plänntac Plänntac
Cristo Plänntac Plänntac Plänntac Plänntac Plänntac Plänntac

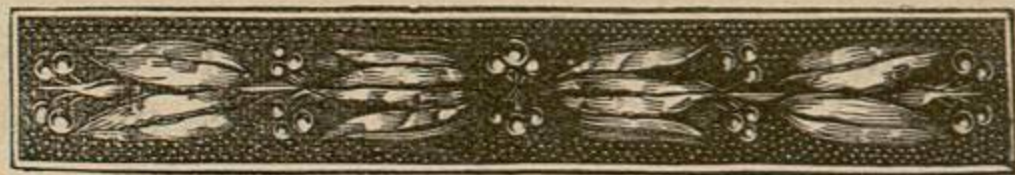
DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DEL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS.



DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DEL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS.



DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, DE ESTA CAPITAL,
EL 2 DE AGOSTO DE 1891.

CASI se ha convertido en costumbre el que venga yo cada año á la distribución de vuestros premios. Es uno de mis mayores placeres, pues ha sido grande el interés que he tomado desde mis primeros años en las casas del Sagrado Corazón de Jesús. Mayor ha sido este interés desde que se establecieron sus colegios en la República Mexicana; y bien sabéis que miro sus casas cual si fueran mías propias, y considero á todas sus socias como miembros de mi propia familia. Grato me es, por tanto, asistir á sus fiestas ya sea como simple espectador, ya presidiéndolas bien por derecho propio, bien por bondad de los Ordinarios y superiores.

Hace dos años, ¿recordáis? os dirigí la palabra á nombre de vuestro Prelado enfermo; y hace uno solo que escuché de sus labios venerados el tierno discurso que pronunció, consagrándoos, si no yerro, el último de sus trabajos oratorios. Este recuerdo, fresco aún en nuestra memoria, me obliga naturalmente á hablaros del Padre que acabamos de perder y á hacer reminiscencias de sus relaciones con el Sagrado Corazón y de los favores que le prodigó hasta su muerte.

¿Quién no ha oído hablar de ese famoso Colegio que se eleva sobre pintoresca colina en los suburbios de Nueva York? *¿En los suburbios, digo?* En el centro está ahora y con sus terrenos muy disminuidos; pero hace treinta y tres años se hallaba todavía en las afueras de la gran Metrópoli, y sus parques, grandes ahora, eran entonces vastísimos, su jardín extenso y ameno y su soledad deliciosa. En un pabellón cercano al grandioso edificio, sombreado por los árboles y embalsamado por las flores, recibió seis meses generosa hospitalidad el Illmo. Sr. Labastida, Obispo entonces de Puebla, y alejado de su patria por las convulsiones políticas.

Con frecuencia hablaba el difunto Prelado de esa época de su vida, cuyas amarguras supieron templar de tal suerte las Superiores del Sagrado Corazón, que su destierro se trocó en agradable residencia. En su capilla celebraba diariamente el Santo Sacrificio, y podía ver la piedad y recogimiento de superiores y alumnas, á pesar de no pertenecer muchas de éstas á nuestra Iglesia Católica. Tuvo tiempo de observar la solidez de la educación que allí recibían las niñas de la vecina República, y la profundidad de la instrucción que se daba

en ese plantel modelo. Se llegó á convertir él mismo en discípulo, y recibió lecciones de idioma inglés de una distinguida profesora á quien habéis en los últimos años conocido y amado.

No se engañó el docto Prelado al pensar que una educación semejante tenía que influir en los destinos de todo un país, y que las niñas salidas de tal establecimiento serían capaces de regenerar la sociedad entera, de arraigar la piedad, de infundir la cultura, de propagar la Religión. Treinta y tres años han pasado desde entonces, y es increíble la influencia que las casas del Sagrado Corazón han tenido en el refinamiento que se nota en la sociedad católica y aun protestante de los Estados Unidos y en la prosperidad del catolicismo.

Con razón desde aquel tiempo pensó que la fundación de casas semejantes en México, contribuiría en gran manera al bienestar de la República. Siempre fué su intención el fundarlas, y dondequiera que iba visitaba los colegios del Sagrado Corazón y hablaba de su proyecto favorito. Pero como acaeció con casi todos sus planes, pasaron años y años sin poder realizarlo, y ya casi lo había olvidado, cuando la Providencia, por inesperados caminos, le permitió ver logrado el objeto de sus tiernas esperanzas.

Ya en otra ocasión, en una de vuestras casas, he comparado á aquella barquilla, que sin remos ni vela, condujo á las playas de Marsella á Lázaro y á sus hermanas Marta y María, el barco que trajo al poco seguro puerto de Veracruz á las tres fundadoras de este plantel hoy tan floreciente. Aunque temerario á los ojos del mundo, fué providencial su inesperado arribo. ¿Neces-

sito recordaros el amor y la exquisita bondad con que las acogió el llorado Arzobispo; la paternal benevolencia con que proveyó á sus necesidades; el tino exquisito con que venció los obstáculos que á su permanencia se oponían; la generosidad con que cooperó á la fundación y sostenimiento del colegio? ¿Quién de vosotras será capaz de olvidar la santa familiaridad con que venía todas las fiestas, y cual un padre en medio de sus hijas, leía los sermones que iba á predicar ó había predicado en su Basílica? ¿Cómo podrá borrarse de vuestra memoria la habilidad y entereza con que más de una vez alejó los golpes que se os asestaban?

Al rendirle en nombre vuestro este tributo fúnebre, permitid que complete el elogio que no ha mucho tiempo pronuncié en honra suya, dándoos á conocer un beneficio póstumo hecho á la Iglesia de la República Mexicana por el último Arzobispo de su Capital.

Cuando Bossuet predicó su admirable discurso sobre la unidad de la Iglesia, quedó sobrecogido de estupor á la vista del brillante episcopado de la Iglesia de Francia, reunido en imponente asamblea. Se le figura ver la multitud de los antiguos israelitas atravesando el Desierto, "siempre rodeada de enemigos y marchando en orden de batalla, sin habitar más que bajo sus tiendas; siempre dispuesta á levantarlas y á guerrear; extranjera en el suelo que pisa y sin vínculos que la unan á la tierra; que lanza sobre cuanto ve una mirada fugaz sin que quiera detenerse en ningún sitio, y sin embargo feliz en esta situación, tanto por los consuelos que recibe en el viaje, como por el reposo que aguarda en la tierra prometida." La compara con esa porción ilustre de la Igle-

sia Católica que allí contempla adunada, con sus pontífices llenos de ciencia y de virtud, apacentando rebaños fieles y piadosos, siempre dispuestos á combatir por la fe y á dilatar el reino de Dios. Absorto queda admirando en espíritu la figura, en realidad la Iglesia por Israel prefigurada, y exclama arrebatado de entusiasmo como Balaam en otros días: ¡cuán bellas son tus tiendas, oh Jacob, cuán hermosos tus pabellones; afortunado Israel; *quam pulchra tabernacula tua Jacob, et tentoria tua Israel!* ¡Cuán bella es esta Iglesia de mi patria, fuerte y robusta porque unida á la silla de Pedro, llena de ciencia y de virtud, de valor y constancia, siempre ordenada en batalla, siempre aparejada á la lucha!

Tal fué el espectáculo que para México soñó desde sus primeros días de episcopado el Illmo. Sr. Labastida; y apenas tuvo alguna influencia en la Corte Romana, la empleó toda en pedir que se erigieran nuevas sillas episcopales y metropolitanas. Pensó primero en su Puebla querida y en su Zamora, aunque para la primera no obtuvo el rango de Metropolitana que al principio deseaba. Espléndido fué el resultado de la primera multiplicación de diócesis y metrópolis el año de 1863. Tristes circunstancias hicieron menos provechosas algunas otras después erigidas, y esto desanimó no sólo á los de sentir contrario, sino al mismo emprendedor Prelado. No obstante, á pesar de lo adverso de los tiempos y de lo dudoso del éxito, quiso coronar su gloriosa vida, obteniendo que se duplicara el número de provincias eclesiásticas y aumentando el de obispados.

El honor de ponerse al frente de esta aumentada jerarquía, y de gozar en México de un espectáculo pare-

cido al que contemplaba Bossuet, no lo logró el lamentado Arzobispo; pero la Providencia lo reservaba á vos, señor Vicario Capitular. Quiera el cielo que los nuevos jefes, que pronto serán armados por el Jerarca Supremo de la Iglesia, puedan formar cada uno cuerpos de ejército valientes y aguerridos, que en unión íntima con vos y con el sucesor de San Pedro, marchen sin temor á las espirituales batallas.

El Sagrado Corazón de México, que fué el primero en saber la fausta noticia, es también el primero en felicitaros por haber sido llamado á ser el Pastor de esta importante grey, en cuyo gobierno mostraréis de seguro la misma varonil entereza con que inaugurasteis vuestras funciones, insepulto aún el cadáver de vuestro venerable predecesor. Yo os recomiendo ésta, que por bondad suya y por los antiguos vínculos que con ella me ligan, puedo llamar mi familia, y á quien á nombre vuestro prometo la misma benevolencia, el mismo afecto, la misma protección que le prodigó el Ilustrísimo Sr. Labastida.



SERMÓN

PREDICADO EN JACONA, CERCA DE ZAMORA, DESPUÉS DE LA
CORONACIÓN DE LA VIRGEN DE LA ESPERANZA,
EL 14 DE FEBRERO DE 1886.